Julio Porres Martín-Cleto. Notas sobre algunas de sus publicaciones

Fernando Dorado Martín
Numerario

Julio Porres Martín-Cleto es el toledano ilustre que de su ciudad ha hecho un estudio histórico tan importante, trasladado a la imprenta, que constituye una base imprescindible para comprender lo que fue y lo que es Toledo, en su pasado y en su presente. Junto a lo que ya tiene impreso, sus conferencias son complementos de lo dispuesto para leer y estudiar, muchas de las que también han repetido las letras de molde.

Lo que a continuación va cubriendo unas hojas, no es todo lo que él ha trabajado, ni siquiera es un contenido sustancial de sus obras, a las que con frecuencia es necesario recurrir para aprender y para obtener los datos que nos instruyen. Lo que se expone no será mucho más que un resumen de los títulos publicados a la mano encontrados; si bien que algo será escogido, lo más jugoso o lo más adicional.

1. *Los Anales Toledanos I y II*

Obra esta de los *Anales toledanos I y II*, de Julio Porres, que sin temor a exageración puede calificarse de obra monumental. Dice al final del libro su autor que no pretende escribir una nueva historia de la Reconquista; sin embargo, sí lleva un contenido extenso e importante de esa trayectoria histórica. Añade Porres que su propósito es el de «analizar, interpretar y divulgar la única fuente histórica seriada de la Edad Media escrita en la que es hoy una región autónoma».

Recoge del cronista Ambrosio de Morales el uso que éste hizo de la denominación «Anales toledanos». Anales en su expresión generalizada, reunión de crónicas expositivas de hechos y tradiciones que desde antiguo dejan su constancia escrita.

Avisa Julio Porres, en su intención didáctica, de la prevención tenida en cuenta de cuantos hallazgos en folios y códices fueran excesivos de referencias de personajes, actuaciones y acontecimientos; en cuanto a desequilibrios a su valoración consignada, como también a errores en fechas y toponimias transcritas por cuantos no fueron testigos de lo transcurrido.

En esa diferencia territorial medieval cristiana y de dominio musulmán, encuentra el autor concisión de la primera en sus crónicas, mientras que en lo escrito entre los segundos son de un carácter poético, barroco y más expansivo.

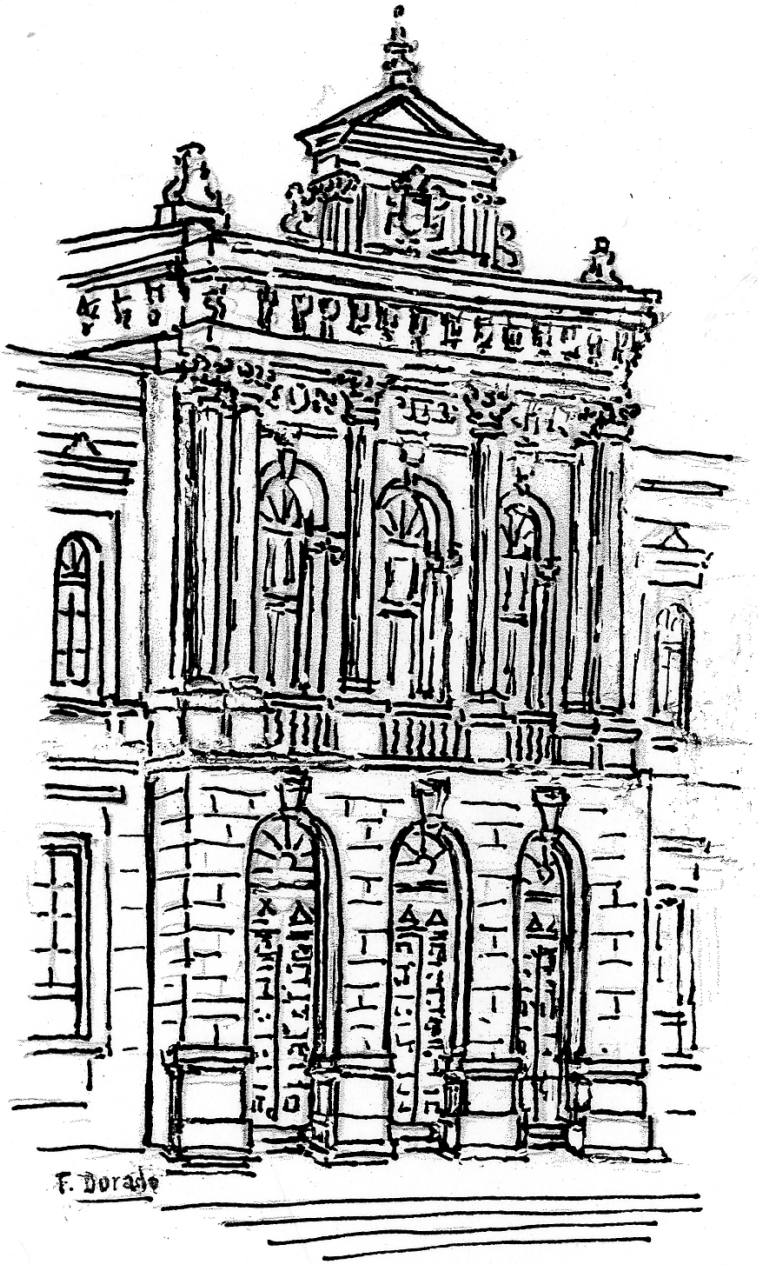
Hace un repaso de las compilaciones elaboradas de las crónicas aparecidas. Del cronista de Felipe II Ambrosio de Morales dice de él haber hallado un depósito importante en el Archivo de Toledo, por cierto, después no existente. Suma Julio Porres a Fray Francisco de Berganza, editor de los Anales Primeros y Segundos y quien los insertó en sus *Antigüedades de España* (Madrid 1719-1721); ello a raíz de haber descubierto sus orígenes en el monasterio madrileño de San Martín, de autor Juan del Mármol. Ambos antecedentes, los de Ambrosio de Morales y de Francisco de Berganza, los seleccionó, depuró y ajustó a cronologías sucesivas el padre Enrique Flórez de Setién y Huidobro (1702-1703), dándolos a la luz en su obra *España Sagrada*.

De la *España Sagrada* seguimos informándonos que es una obra plena de erudición y altamente considerada histórica y que en el padre Flórez converge su autoridad como bien preparado en materias de geografía, cronología, epigrafía, numismática, paleografía, arqueología y hasta ciencias naturales. No menores son los conocimientos de Julio Porres Martín-Cleto, del que es reconocido el crédito que merece por sus extensos trabajos y entre ellos su volumen *Los anales toledanos I y II*. Contienen estos *Anales* noticias que parten del año 712 y llegan al 1238; de las mínimas reseñas de las crónicas de que hay constancia, Porres va haciendo un juicio crítico preciso y da a una de esas reseñas la ponderación debida.

Actualmente y dentro de patrocinio de la Diputación provincial de Toledo, continúan los Anales toledanos, con publicación encuadrada en el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, órgano cuya dirección asume Julio Porres Martín-Cleto.

Son varias las colaboraciones suyas en los Anales que edita ese Instituto, acogido por la Diputación y de la que su Servicio de Publicaciones tiene su jefatura el hijo de aquél, Julio Porres de Mateo.

De entre las colaboraciones a que se hace referencia, se selecciona una, para no hacer más largo el número de los que se quisiera introducir en este apartado de actuales Anales toledanos.



Diputación Provincial donde radica el I.P.I.E.T.

2. Una «*Descripción sucinta de Toledo*» de 1767 y 1768

El entrecomillado corresponde a la titulación de una colección de notas manuscritas que a Julio Porres Martín-Cleto le fue facilitada por un amigo proveniente de un su antepasado poseedor.

Y Julio extracta, clasifica y saca sus conclusiones del trabajo recogido. En una aclaración previa va orientando sobre el período que contiene datos y situaciones, 1767-1768, explicando comparativamente hitos y personajes históricos necesarios para mejor comprensión del lector.

Llama borrador a lo que le ha sido facilitado, y que fue redactado como memorial preparatorio para la refundición de hospitales y hospicios existentes en Toledo. Conviene recordar, en síntesis, el proceso asistencial habido hasta nuestros años actuales, empezando por el papel de la Iglesia antes de las leyes de desamortización, después sustituidas por la llamada Beneficencia pública y finalmente por la Seguridad Social.

El desempeñado por la Iglesia no se redujo, sabido es, al hospitalario, sino ensanchándose a otras atenciones, principalmente a alivios alimentarios que proporcionaba en no pocos casos a gentes que les era insuficiente lo obtenido trabajando eventualmente «a lo que sale, o bien a coger espárragos, criadillas de tierra o esparto en los cigarrales».

En los manuscritos señalados se hace relación de la población existente en la ciudad, 1767-1768, de diecinueve mil habitantes, cantidad aún inferior en los treinta años anteriores consistente en casi mil vecinos, que en promedio de cinco personas nos darían cinco mil individuos, que causaba la despoblación por la pérdida de la capitalidad con Felipe II.

En el comentado estudio enumera los religiosos que tienen su vida en Toledo, que se elevan a unos mil seiscientos, entre clero secular y los componentes de conventos, con situaciones económicas diferentes, especificando cabildos, capellanías y monasterios, de los que tenían, unos buen acomodo, mientras otros estaban en situación bien precaria. Se describen también otras ocupaciones entre los seglares: escribanos, mercaderes, artesanos, menestrales, trabajadores de todo tipo, y en vecindad también caballeros y menesterosos. En esplendor estaban las cofradías, en cuantía de treinta y dos o treinta y tres. Así mismo, se informa de la distribución de limosnas que se hacían, importantemente debidas al cardenal, cabildo catedralicio y a conventos. Curiosamente, es citada la escasez económica acusada y deficiente la calidad académica que se observa de la Universidad, todavía existente en Toledo en el período que se describe.

3. NUEVAS NOTICIAS SOBRE EL ARTIFICIO DE JUANELO

En la colección Temas Toledanos del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET), en 1987 publicó Julio Porres un pequeño tomo con el título de *El artificio de Juanelo*. Después, en volumen de 1998 de los nuevos Anales fue incluido su artículo con el título que encabeza este apartado. Consta de nueve páginas más cuatro dibujos antiguos de situación y explicación de la maquinaria del artificio, junto a una fotografía de principios del siglo XIX del lugar en que ya sólo se conservaban restos de la edificación de partida de las aguas elevadas del Tajo hasta el Alcázar.

Llega a manos de Julio Porres un interesante artículo en el que se relata un viaje que hizo a Toledo en 1604 un portugués llamado Manuel Severim de Faria, año en que éste halla en funcionamiento el artificio de Juanelo. El portugués, examinando detenidamente sus instalaciones, deja escrito una pormenorizada descripción de brazos, cazos y soportes. En el trabajo de Porres se reproduce el texto de Severim en idioma portugués que traduce la hija de aquél, Beatriz Porres de Mateo. Se sabe que ya no funciona en 1617 tal artificio, por abandono y deterioro de su mecanismo, no habiendo preocupación alguna en repararlo por parte de la administración real, propietaria del mismo, porque el Alcázar, que era el único beneficiario del servicio, estaba en obras, y menos todavía el interés de la administración municipal porque el complejo no tenía derivación de suministro para la población vecinal.

La ciudad padecía falta de agua, de la que únicamente se poseía la caída de lluvia recogida en aljibes y la acarreada por azacanes desde el río o veneros lejanos. En los años 1868 y 1869 fueron demolidas las instalaciones del artificio de Juanelo, montándose sobre su base una nueva elevadora de agua del Tajo, más moderna, con que satisfacer las mayores necesidades de la ciudad. Y en 1999 en que Toledo desde el año 1948 contaba con la llegada a los domicilios de buena agua potable, se derruye esa elevadora. El edificio de ésta era un mazacote arquitectónico, cuadrilongo, que si en años de su utilización era indispensable, ahora resultaba improcedente conservarlo por ser inarmónico con el entorno monumental y con la atrayente naturaleza circundante; no obstante, un grupo opositor político, ante la demolición realizada, protestó enardecido argumentando que el edificio, todavía en acción de derribo, constituía un valor histórico. Impidieron con su actitud que la Confederación Hidrográfica del Tajo llevara a cabo un embellecimiento de ese punto y de sus alrededores de orillas de la corriente fluvial.

Hace análisis Julio Porres del complicado ingenio de Juanelo: de sus principios basados en la ciencia mecánica, de su implantación en el medio topográfico y de su proceso histórico.

En su artículo incluye información de actualidad, como es la del servicio del agua a Toledo del año en que lo escribe, 1998, y de los habitantes que la pueblan, que son entre nueve y diez mil en el interior amurallado. Dice que muchos se van de sus antiguos domicilios y se sitúan en nuevos barrios extramuros o en pueblos cercanos, buscando mayor comodidad. Espera, sin embargo, que se vuelva al casco histórico, merced a remedios para la recuperación.

4. *Otra mirada sobre la Inquisición*

Con este título publica otro artículo en tomo de 1996, dentro de los *Anales*.

Viene el autor a deshacer conceptos y falseamientos cuantitativos que erróneo o falazmente han circulado acerca de la Inquisición española.

Repasa antecedentes relativos a sanciones y condenas por heterodoxias o alejamientos de la Religión hasta la creación de la Inquisición. Descubre que en países de nuestra proximidad la crueldad e intransigencia fue notablemente muy superior respecto a lo que aquí se operó.

Y en cuanto a los judíos que se dice que fueron perseguidos, no fue sino a los que fingidamente dijeron convertirse a la fe católica, porque incurrían en sacrilegio participando en actos y sacramentos con condicionamientos que exigen los mismos.

Hace unos años, en la Posada de la Hermandad toledana, con beneplácito del Ayuntamiento del momento, una empresa italiana instaló una exposición de instrumentos de tortura habidos históricamente. Con ello se buscaba un lucro empresarial, pero en la propaganda se insinuaba o al menos se daba pie a interpretaciones desproporcionadas de la ciudad de víctimas sometidas al martirio. Muchos turistas, mal informados, de escasa preparación o de malsana complacencia, llegaban a Toledo atraídos por tal reclamo y hasta en su viaje venían animados por ver esta malévola estampa.

5. *La expulsión de los judíos*

Con el título de *La expulsión de los judíos* se publicó un libro en que se contenían los trabajos expuestos por varios especialistas en el «II Curso de cultura hispano judía y sefardí», celebrado en Toledo del 16 al 19 de septiembre de 1992.

En la Introducción con que empieza el libro, el académico Ricardo Izquierdo Benito resume los textos que lo siguen, y da una orientación previa de lo dispuesto para la lectura.

No cabe en estas líneas extractar y menos hacer mayor extensión del producto de las investigaciones y argumentos de los conferenciantes concurrentes; únicamente de uno de ellos, de Julio Porres, se hará alguna referencia en cuanto a su intervención.

En el libro va reflejado el número de judíos expulsados de la Península -según va indicando Porres-, número inseguro y controvertido, de lo que advierte; así mismo indica países del entorno donde también se produjo la expulsión; referidos igualmente los recelos de la población cristiana por motivos sociales tanto como los de la diversidad religiosa de aquéllos, y la admisión y tolerancia antes y en el momento de la expulsión, entre sus causas por la conversión, sincera o simulada, de judíos al cristianismo.

Entre las conferencias compuestas en el tomo, no falta la debida a Julio Porres Martín-Cleto bajo el título de *La judería de Toledo después de la expulsión*.

Muchos somos los toledanos a quienes los turistas que nos visitan preguntan dónde está lo que fue el barrio judío. Tal inquisitoria nos coge desprevenidos, porque saber su situación bien definida antes no nos preocupó. La salida verbal que damos a los curiosos foráneos y también de la tierra es imprecisa y difícilmente convincente.

Escarmentados de tal apuro y porque entramos en razón de que es obligado conocerlo a más de despertar nuestro interés, nos disponemos a leer la ilustradora conferencia del mencionado título *La judería de Toledo después de la expulsión*.

Julio Porres empieza a examinar cómo era la judería en 1492, es decir, cuando comienza la expulsión; pero antes hace remontarnos a la cita de la que hay constancia, datada del año 820, en la que figura la existencia de la judería mayor, cercada y separada de los núcleos cristianos, y a los que hay que unir otros menores judíos dispersos.

La judería mayor estaba rodeada por muros aisladores para evitar encuentros violentos con cristianos, si bien que a su través se abrían portillos de comunicación, pues sabido es de los períodos de discordias exacerbadas alternos con otros de tolerancia.

La conferencia objeto de nuestra lectura describe el emplazamiento de ese barrio judío, con las dudas sobre algunas pequeñas áreas por la imposibilidad de descubrirlo con precisión, a pesar de la escrupulosa investigación hecha. Simplificando, Julio Porres lo centra en lo que es hoy aproximadamente la feligresía de Santo Tomé, corriendo por la Hospedería de San Bernardo, San Juan de los Reyes, Paseo del Tránsito... Mienta calles con nombres muy extraños, actualmente cambiados.

Señala Porres número de judíos quedados en Toledo, censados en 1561 en cifra de 5.740. De época posterior, con descenso y casas arruinadas de dos siglos después, en censo 1776 figuran 810. Julio Porres aprovecha para

señalar los habitantes en general que pueblan la ciudad en diferentes años: en 1803, 16.759; en 1820, 14.250; en 1822, 13.959; en 1859 se registra un crecimiento importante, alcanzando la cifra de 17.275. Termina consignando una recuperación debida en parte al auge que proporciona el turismo visitante empezado en 1930, en torno al cual la población toledana asciende a 25.000 personas. Por nuestra parte no dejaremos de reflejar lo cogido en Prensa del día 3 de enero de 2007, en que los residentes en primero de año son 77.601, distribuidos entre el interior de murallas y los de nuevos barrios surgidos.

Omitiendo otros datos cuales las edificaciones que están comprendidas en el recinto, con el tiempo algunas desmanteladas por desalojo en la expulsión, no puede pasarse por alto el de las sinagogas con su evolución hasta su transformación en poder cristiano, de lo que nos ilustra el autor del artículo-conferencia.

De la que con uso cristiano se denominó Santa María la Blanca, consagrada como iglesia a raíz de la predicación de San Vicente Ferrer, se nos muestra que esa consagración no impidió que algunos judíos furtivamente acudieran a ella para practicar su culto anterior, afirmación obtenida, curiosa, de la delación que hace en 1523 la criada de una notable hebrea, quien descubre que ésta acude para seguir los ritos de su religión en el templo incautado.

De la conocida como la Sinagoga del Tránsito señala que este nombre es debido a un buen cuadro instalado en ella, realizado por el pintor Correa de Vivar representando el tránsito de la Virgen. Construida esta sinagoga a expensas de Samuel Leví, fue transformado su uso en cristiano por haber sido entregada por los Reyes a la Orden de Calatrava a cambio de los palacios de Galiana o Santa Fe, llevando la Sinagoga a partir de entonces la designación de iglesia de San Benito.

Una tercera sinagoga, llamada Vieja, la sitúa Porres entre lo que es hoy jardín de San Juan de los Reyes y la muralla junto al puente de San Martín, poniendo en interrogante si no sería la que cedieron los Reyes Católicos a caballeros toledanos como compensación por la pérdida de tributos que percibían de los judíos ahora expulsados. Sinagoga de la que no queda más constancia que testimonios escritos.

6. *La desamortización del siglo XIX en Toledo*

La desamortización del siglo XIX en Toledo es el título de la obra de Julio Porres que dio a la luz la Diputación provincial, comprendida en las series que asume el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET). El trabajo lo hizo a instancias del primer director del Instituto,

Francisco Rivera Recio, a quien sucedió en esa misión como también en la dirección de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (RABACHT). Fue una edición corta, de 1965; aumentada con otra, de cerca de seiscientas páginas, en 2001. Hemos leído ésta, desaparecida de la circulación la primera que sólo constó de 500 ejemplares.

Bueno será hacer notar que el IPIET se constituyó hace cuarenta años por voluntad del presidente de la Diputación de su tiempo Julio San Román Moreno, hombre valioso en varias esferas, no faltándole el de ser miembro de la RABACHT.

De la valoración del estudio hecho y vertido por Porres en *La desamortización del siglo XIX en Toledo*, habrá que empezar por el elogio con que le honró un prestigioso profesor, Rueda Hernanz, éste en su importante volumen *La desamortización en España. Un balance (1766-1924)*, lanzado por la imprenta en 1997. En él cita a Porres en primer lugar de los «auténticos pioneros que desbrozaron caminos, aislados entre sí».

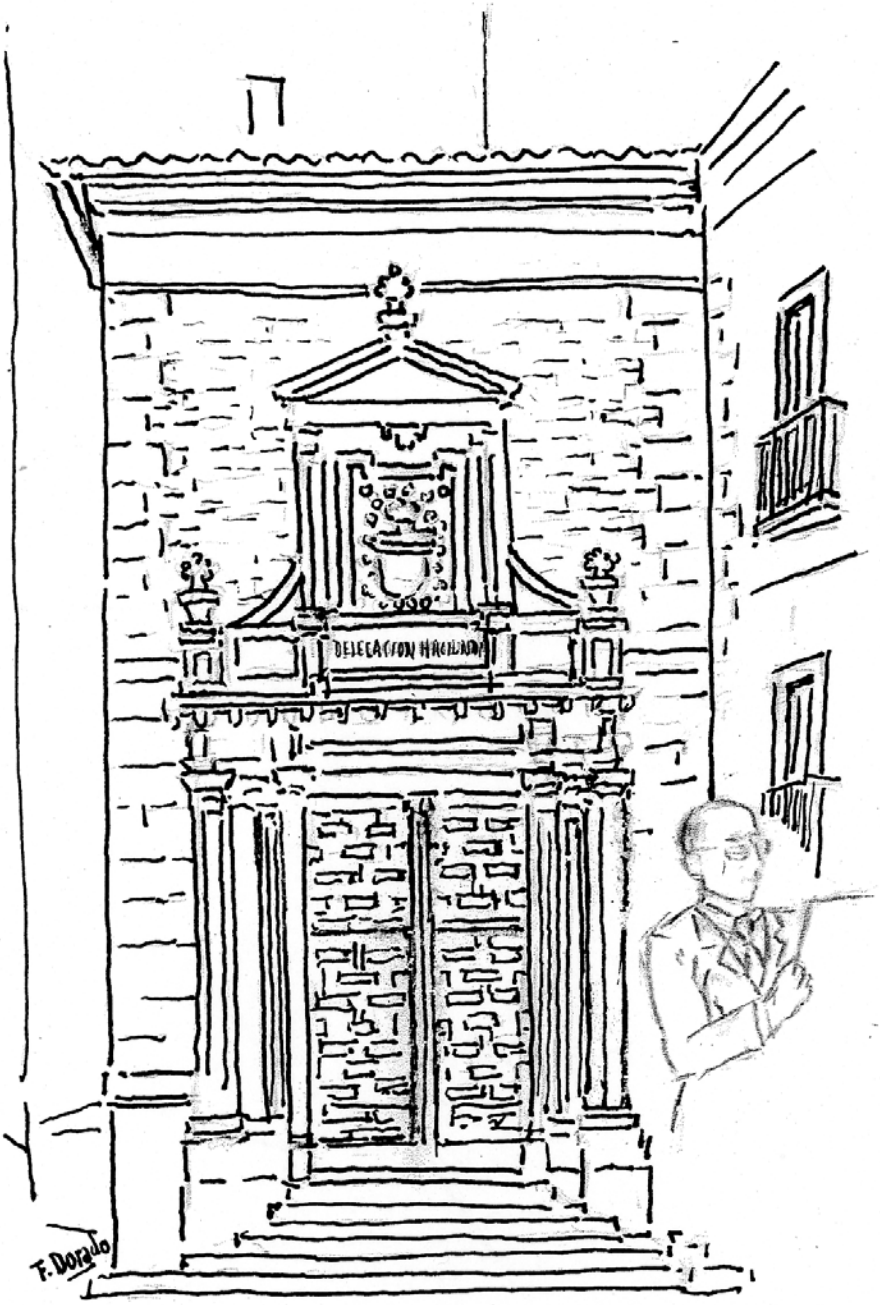
Julio Porres ahondó en archivos y otros medios, en algunos de los primeros desaparecidos legajos, por lo que perseveró paciente y escrupuloso recurriendo hasta lo más escondido para llegar a la certeza, equilibrando y dando el énfasis debido a lo importante y dejando en su lugar lo subsidiario, que sin desdeñarlo hizo acopio ordenado, y de todo lo cual se aprecian sus sabias reflexiones.

Dice que hasta la primer edición, 1965, comprueba que el siglo XIX Toledo carece de un estudio histórico completo sobre el tema que trata. Pero, añade, que la abundancia de datos le hacen más fácil al historiador, a pesar de que como se puede ver, tuvo él sus dificultades hasta alcanzar un examen completo, por causas habidas, salvadas con indagaciones realizadas en otros anaqueles nacionales.

Repasando, se destaca la gran potencia económica que tuvo la Iglesia toledana, por lo que fue ella la que sufrió en mayor cuantía las depredaciones de las sucesivas desamortizaciones dictadas por los gobiernos de turno, entre los que no omite el autor lo ordenado por José Bonaparte junto a los atropellos de sus tropas invasoras, y de los españoles lo sancionado por Mendizábal. Repite de Menéndez Pelayo esta frase tan rotunda: fueron «inmenso latrocinio».

Entre las muy informativas relaciones sobre expropiaciones y expulsiones, no escapa la de logreros rapaces que se introducen en subastas muy baratas, así como saqueos con visos de legalidad como el perpetrado por un oportunista personaje, que se apoderó de 800 importantes obras pictóricas despojándolas de templos, para luego venderlas al Extranjero.

Julio Porres aclara que con su trabajo se propuso hacer un estudio principalmente económico de los resultados de las desamortizaciones. Ha-



Delegación de Hacienda. Antigua residencia de los P.P. Jesuítas

bremos de entresacar de lo que expone, y de un índice de valores comerciales relativos a los años 1845 a 1854, este precio que registra: El de 35 reales y 17 maravedíes por una fanega de trigo (equivalente a 44 ó 45 kilos). Un real de vellón equivaldría a 8,60 pesetas en 1963, año en que Porres hace su estudio.

7. *HISTORIA DE TULAYTULA*

Tulaytula, nombre dado en su época a Toledo durante su dominio musulmán, es de ello que Julio Porres Martín-Cleto ha publicado su historia.

De anotaciones en *Anales* recoge hechos más importantes que se sucedieron en años de dominación, partiendo del año 711, en que los visigodos son derrotados en Guadalete y la rápida llegada de los conquistadores a Tulaytula, y hasta el año 1085 de la reconquista cristiana de la ciudad.

El trabajo está editado por el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos en 1985, justificando su autor la necesidad de hacerlo el que no existiera un estudio sistematizado del transcurso aplicado, aunque sí abundantes pero sueltos e inconexos. Un intento, dice él, fue el del toledano Martín Gamero, con una recopilación insuficiente del período, puesto que en la época eran escasos los arabistas hispanos que pudieran dedicarse con amplitud como lo conseguido por Julio Porres. Antonio Martín Gamero (1823-1874) escribió su *Historia de la ciudad Toledo, sus claros varones y monumentos*, bien alabada por Porres al decir que Martín Gamero lo hizo «con criterio científico, prescindiendo por fin, de mitologías fabulosa y de falsos cronicones».

Esta *Historia de Tulaytula* merece confianza fiable de cuanto está escogido, conforme a lo que en su Introducción se dice de contener los datos más seguros y antes concluidos con mejor visión del contraste entre varias opiniones provinientes de fuentes musulmanas y cristianas, incluida otra diversidad de historiadores de prestigio.

8. *TRES PUENTES DE TOLEDO*

Tres puentes de Toledo es un trabajo de Julio Porres, brindado al Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Toledo. Tres puentes sobre el Tajo, descartándose el conocido como Puente Nuevo, el de Azarquiel y el nuevo de la Cava, de los que aún no hace historia por recientes.

Pone en el trabajo el antecedente de una primitiva necesidad de cruzar el río entre dos poblados carpetanos, que eran el cerro del Bu y el núcleo rodeado por la corriente del agua. Utilizarían toscos barcos y flotadores.

8.1. El puente de Alcántara

Por ser único durante la presencia romana en Hispania, no necesitaba ningún apelativo como denominación especial. Es en el siglo XIX cuando con firmeza se demuestra que es una construcción romana y no de los musulmanes, porque éstos eran incapaces de hacerlo como aquéllos, con la envergadura de sus arcos, con sus técnicas ingenieras y hasta con sus piedras labradas y sus piezas bien trabadas para la sujeción de cuanto ha de soportar, a más de los tajamares que evitan la fuerza de la corriente en colisión con los pies del puente. El de Alcántara toledano, con ojos de luz, el mayor, no mucho más pequeño que el posterior de la provincia cacereña que lleva el mismo nombre, sólo le debe una intervención a los musulmanes, la reconstrucción de un posible ojo en el lado de la margen izquierda, derruido en sus dos intentos de reconquista de la ciudad, y que Porres califica de chapuza.

8.2. El puente de la Cava

Un segundo puente enumerado por Julio Porres es el que se recuerda como de la Cava, habiéndose supuesto que una cabecera que podemos ver fue punto de refugio del baño, según la leyenda, de la hija del traidor conde D. Julián.

Un paso del río por la línea en que se sitúa, se hizo con un puente de barcas y con una obra formal, estable, acaso musulmana, que se apoyaba en restos conservados de un puente romano.

La torre que constituye el llamado Baño de la Cava ni pudo ser cabecera del puente desaparecido ni fortaleza de defensa a que no convienen los elementos que se hallan en él, pues bastaba para esa defensa la coracha próxima que cortaba el posible merodeo de invasores. Sí pudo ser tal torre edificación para el servicio de cobro de pontazgo.

Julio Porres menciona a varios investigadores sobre ese desaparecido puente de la Cava, y él mismo manifiesta que en los restos que por sus características de construcción y tratamiento de los materiales es innegable que corresponden a una primera erección romana, aun cuando posteriormente hicieran sus reparaciones los musulmanes.

Al hilo de ello Porres recurre al testimonio del historiador toledano Francisco de Pisa, que al hablar del puente de San Martín dice de él que «es mas alto y fuerte edificio y labor que otra puente antes della avía, angosta y pequeña donde muchos peligraban y perecían, cuya ruinas y cimientos se ven hoy no lejos de la nueva, abajo della».

8.3. EL PUENTE DE SAN MARTÍN

Inseguro por las grandes avenidas del río Tajo el puente de barcas de la Cava, necesitaba una sustitución más sólida y para mejor tránsito. Este sería el puente de San Martín, que habría de salvar un anchura superior a la de Alcántara y a la de la Cava, y aun con una cimentación sobre piedra mejor que la de los anteriores.

Se cifra el arranque de la obra en finales del siglo XIII o comienzos del XIV, fundamentada semejante noticia en un documento incidental y que Julio Porres reproduce diciendo estar en un privilegio concedido a Toledo en 28 de marzo de 1301 por el rey Fernando IV, que confirma otros precedentes de su padre y de su abuelo, y en los que se añaden la prohibición de que se traiga a Toledo vino de Yepes para no perjudicar a los cosecheros locales, y que los que lo infringieran habrían de pagar una multa por cada vez de diez maravedíes, de los que la mitad irían destinados para la obra de la catedral y la otra mitad «para la labor de la puente de San Martín».

Un avatar que refiere el autor fue el de que en 1368 los partidarios de Enrique de Trastámara intentaron tomar Toledo, en poder de los fieles a Pedro el Cruel, éstos decididos a su vez a cerrar la única puerta que poseía el puente, el de la orilla izquierda, por lo que los acosadores se aprestaron a minarla, y por lo que los defensores resolvieron en última medida cortar un arco del paso del río. Fue el arzobispo Pedro Tenorio el que más tarde mandó rehacer esa parte cortada.

Con ello viene a la memoria el episodio liderado por el dirigente Enrique Líster, que en la primavera de 1937 intentó en nuestra guerra de 1936-39 con sus tropas invadir Toledo, pero de lo que a la postre no se atrevió ante el temor del que el puente estuviera preparado para volarle por parte de los amenazados del interior; previsión, por cierto, no tomada por los de la ciudad.

Actualmente se está haciendo un estudio de este puente, por haberse detectado en él serios peligros de deterioro por causa de las erosiones que le van produciendo la corriente del río y otros agentes naturales.

Finalmente, Julio Porres llega a la siguiente conclusión, y es que Toledo fue un centro estratégico importante, lejos de enemigos tales suevos, francos y bizantinos, pero que, no obstante, a pesar del peligro lejano, sí podía considerárseles inquietantes. Posible gracias a las buenas comunicaciones que lo facilitaban calzadas y puentes hechos antes por los romanos.

9.- *CASTILLOS DE TOLEDO*

Un tomo corto, de páginas que no llegan a las cincuenta, explica cumplidamente lo que es un castillo y lo que es un palacio fortificado, que escrito

por Julio Porres es el primer número de una serie de *Temas Toledanos*, que periódicamente ha ido publicando el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos.

En ese primer número se va definiendo el origen de los castillos con una probable etimología a que llega la palabra derivada de la latina «castellum» y a ella de «castro», de la árabe «galat» completada con la expresión «galatraba». Constructivamente, los castillos son ampliaciones de lo que antes eran suficientes torres defensivas.

Para un corriente lector, el tomo publicado ofrece un conocimiento estructural del castillo, de sus elementos y de los servicios dentro de él, así como de la descripción de las murallas.

Muy útiles son su exposición y sus términos expresivos, que instruye y que podrían recomendarse también a quienes atrevidamente dan nombre equivocados como lo vertido en alguna publicación por otras autorías, ejemplo el de aplicar la palabra «baluarte» a elementos defensivos cuya plantas son de geometría diferente a la verdadera de forma pentagonal.

En *Castillos de Toledo* se puede ver el proceso desde su elevación hasta el de su abandono por innecesario cuando la puesta en marcha de la artillería los hacía vulnerables, y a la ausencia de peligros invasores musulmanes una vez consumada su total derrota con la reconquista.

Los castillos quedan sin poseedores y desmedrados por la falta de cuidado; hasta introducida la piqueta para arrancar sus materiales con que algunos intrusos trasladan a sus obras. El Estado que pasa a ser propietario de los castillos porque ya no les interesan a sus anteriores ocupantes, presta atención por su conservación porque los califica de monumentos histórico-artísticos. Encomienda su mantenimiento a los ayuntamientos correspondientes, por Decreto de 22 de abril de 1949, sin tener en cuenta que muchas de estas entidades municipales no disponen del dinero preciso para atender las órdenes impuestas. Así lo hace notar el autor de *Castillos de Toledo*, el que, además, incluye inventario de esas fortalezas de la provincia, detallando clases, formas y vicisitudes históricas de cada una, en total de treinta y cinco.

10. *Historia de las calles de Toledo*

Bajo el título de *Historia de las calles de Toledo* publicó Julio Porres Martín-Cleto una extraordinaria obra en 1971, en dos tomos. Antes había publicado en *Anales Toledanos* reducido estudio sobre el tema. Posteriormente salió a la luz edición más extensa y con presentación editorial más rica.

La labor preparatoria le llevó varios años, buscando paciente y minuciosamente cuantos datos históricos de estas calles, sus localizaciones, modificaciones de nombres y hasta transformaciones topográficas aparecidos,

empeñándose en trasladarlo a su libro, con fidelidad, eludiendo ambigüedades y omisiones.

Su estudio lo llevó hasta hallar documentos fehacientes que alcanzan hasta el siglo XI; indagó en archivos detenidamente, se apoyó en algunos autores que merecían crédito, así como en planos y nomenclátores de diferentes épocas.

En esa primera edición van incluidas áreas toledanas de población existentes, no comprendiendo como es de suponer los barrios que posteriormente han ido apareciendo. Es obra que proporciona valioso apoyo a sus numerosos autores de otros trabajos que buscan en ella su auxilio.

Al margen del importante contenido, se anotan también los cambios que se produjeron en la asignación de nombres de calles y plazas, como varias en 1931 debido a ese hervor político surgido en el cambio de régimen. Así, fueron reemplazados nombres cuales plaza de Barrio Rey, del Ayuntamiento, del Colegio de Infantes y calle Real, de Alfonso XII y Comercio por los nuevos, respectivamente, de Emilio Castelar, de la República, de Francisco Palacios Sevillano, de Estanislao Figueras, Salmerón y Pi Margall, más tarde anulada la renovación.

Y otra pequeña anotación no se escapa a Julio Porres al mencionar el pequeño callejón sin salida en medio de la Bajada del Corral de Don Diego, que en cerámica a la vista se le señala como Callejón de los Siete Abujeros, con esta antigua habla popular. Y se ve, por el contrario, que no quiere recordar también la ortografía pasada de calle de las Arrecogidas, enmendada por la de Recogidas. Nombres antiguos que merecerían ser conservados, teniendo en cuenta su sentido tradicional histórico.

11. *LA CALLE DE ESTEBAN ILLÁN*

El libro-revista *Toletum* de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, en número de 1969 recoge el discurso pronunciado en su centro el 5 de octubre de ese año por el académico Julio Porres Martín-Cleto. El discurso lleva por título el de *La calle de Esteban Illán*. Repasando el mismo, llaman la atención todos los puntos puestos de manifiesto, de los que podrían entresacarse los que siguen:

Que a esa calle corresponde la puerta de entrada a la Academia, dado que el acceso por la opuesta no puede ser de uso más generalizado, posible si con una reestructuración de cuantos espacios están comprendidos se llevara a cabo y que en su conjunto se restableciera el notable palacio que pudo ser de Esteban Illán hace más de seiscientos años.

Curiosa la genealogía y la descendencia de este personaje, alguacil-alcalde de la ciudad -cargo de la mayor autoridad-, por la influencia de todos

en nuestra Historia. Aunque con las correspondientes dudas, de Esteban Illán es recordado que proclamase rey a Alfonso VIII niño, desde la torre de San Román, despejando y deshaciendo luchas y querellas de las familias Lara y Castro, cada una propugnando el heredero de su apetencia.

Que leyenda o no, indica Porres que a Esteban Illán se le atribuían facultades de brujo, pero que podría pensarse que lo verdadero es que se ejercitase en la alquimia.

En esta calle estuvo instalado hasta 1930 el Hospital de la Misericordia, iniciado por la benemérita doña Guiomar de Meneses, en su morada, a principios del siglo XVII. Y opina Porres que esta señora fue superior en generosidad con sus múltiples donaciones pías a las que hiciera el señor de Orgaz, al que por el cuadro debido del Greco ganó la fama que no ha tenido doña Guiomar.

De 1778 se nos dice que a esta calle se asignó el nombre de la Misericordia, y posteriormente, en 1916, el de este personaje tan influyente, de Esteban Illán.

Hospital de la Misericordia, aprovechando en su día el palacio del Conde de Arcos, «bello ejemplar... del gótico civil y también muy modificado durante siglos». En esta calle, como antes se indicó, tiene una de sus fachadas la Academia, asentada en la conocida Casa de Mesa.

12. *Notas históricas sobre la llamada "Casa de Mesa"*

En la ya mentada revista-libro *Toletum*, de la RABACHT y en número correspondiente a 1977, Julio Porres Martín-Cleto colabora con un denso trabajo de sesenta y una páginas con el título de *Notas históricas sobre la llamada Casa de Mesa*. Casa de Mesa que es sede de la Academia.

No vamos a hacer larga pasada sobre lo que el autor en el trabajo informa del valor monumental de esta Casa, y menos de lo concerniente al rico salón mudéjar, en que Porres se extiende en importante estudio histórico-artístico. Sólo fijaremos lo leído acerca de la ocupación del inmueble. Casa de Mesa, una de cuyas fachadas -se ha de repetir- es una de las que forman la calle de Esteban Illán, personaje cuya existencia se data entre 1151 y 1208 y de quien por tradición se viene diciendo que habitó entre sus muros.

Espigando y dando un salto por las páginas, muy ilustrativas, Porres escribe que no ha podido averiguar con exactitud cuándo comienza la propiedad de los Mesa de esta casa. Obtuvo información de los descendientes actuales propietarios de tal apellido, conociendo a su través que fueron destruidos en la guerra civil de 1936-1939 los documentos de esa posesión, no habiendo quedado más que los del Registro de la Propiedad, en que el domi-

nio figura desde 1861 por testamentaría del coronel Juan Antonio de Mesa. Y que al margen de ese testimonio podría demostrarse, tal vez, que la disponibilidad por parte de esta familia se remonta a mediados del siglo XVII.

Recojamos que en esta casa tuvo su acogimiento primero el Colegio de Doncellas Nobles, por compra del cardenal Silíceo, fundador de la institución; que Santa Teresa permaneció en ella unos meses de 1562, acompañando a la dueña de entonces Luisa de la Cerda, como los frailes del convento del Carmen, que se alojaron en la misma cuando fueron desposeídos y quemado el cenobio por los franceses en su invasión. Aventura Porres que por haber habitado la casa en esa circunstancia los carmelitas, se libró el extraordinario salón mudéjar que la soldadesca de Napoleón lo destrozara, de haberlo encontrado vacío y por ello utilizado. Salón que sirvió de capilla tanto por las Doncellas Nobles como por los frailes, en una y otra ocasión.

En sucesivas cesiones de arrendamiento tuvo su asiento la Sociedad Económica del País, y a continuación la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo ocupándolo actualmente. Julio Porres expresaba su deseo en el antes indicado 1977 que «Bellas Artes», órgano a la razón con las consiguientes atribuciones, adquiriese y cediese esta casa a la Academia, porque en su encomienda podía recaer la buena conservación y dignificación de este ya monumento nacional.

Finalmente, Julio Porres Martín-Cleto es la gran personalidad toledana, que en su prolífica labor investigadora y vertida en conferencias y en amplio repertorio editorial, ha descubierto tesoros históricos, que, reiteremos, han servido también como fuentes para otros estudiosos aprovechando sus publicaciones.

Julio Porres modestamente en un punto de su *Desamortización del siglo XIX en Toledo*, escribe que se abstiene de hacer comentarios de valoración sobre las piezas artísticas incautadas, porque no es experto en la materia. Se puede desmentirle porque sí es buen conocedor del Arte; a él se acudió en muchas ocasiones para invitarle a formar parte del Jurado en numerosos certámenes artísticos, por ser reconocido también su autoridad en la especialidad. Recompensada -diríamos- es su no despreciable atención por las Artes plásticas con el retrato al óleo que le hizo el pintor Francisco Rodríguez Andrade. Retrato vigoroso colgado en sala de la Academia junto a los directores últimos, como Porres, en serie que empieza por el de Julio Pascual.

En su mujer, Pilar, ha encontrado siempre apoyo y estímulo, ayuda eficaz proporcionada para que perseverante haya estado inmerso en tan prolongada y admirada tarea de investigación y estudio.